

Pedro Trigo

Lo que está vivo en la vida de Ignacio de Loyola

Cuando los seres humanos son grandes, el tiempo y la distancia no los difuminan sino que los aquilatan: En su tiempo se codearon con personajes poderosos cuyos nombres han caído completamente en el olvido. La vigencia de unos años no tiene mucho que ver con la verdadera importancia. El éxito, el poder y la gloria son con frecuencia inversamente proporcionales a la fecundidad histórica. Por eso la figura de Ignacio de Loyola a los quinientos años de su nacimiento se nos recorta nitida y perfilada, a la vez que entrañada en su época, y nos sigue provocando. Si uno la siente así es porque se siente deudor de ella y en mi caso discípulo, seguidor. Por eso,

al dar cuenta de algunos elementos de su vida que me parecen paradigmas para las nuestras, no pretendo abarcar su existencia como si la dominara, como si pudiera abarcarla y contenerla porque me coloco en una perspectiva superior. Mi intención es sólo dar testimonio de algunos elementos que me interpelan porque los veo como horizonte al que aspiro, más aún como horizonte abierto para muchos cristianos de nuestra época.

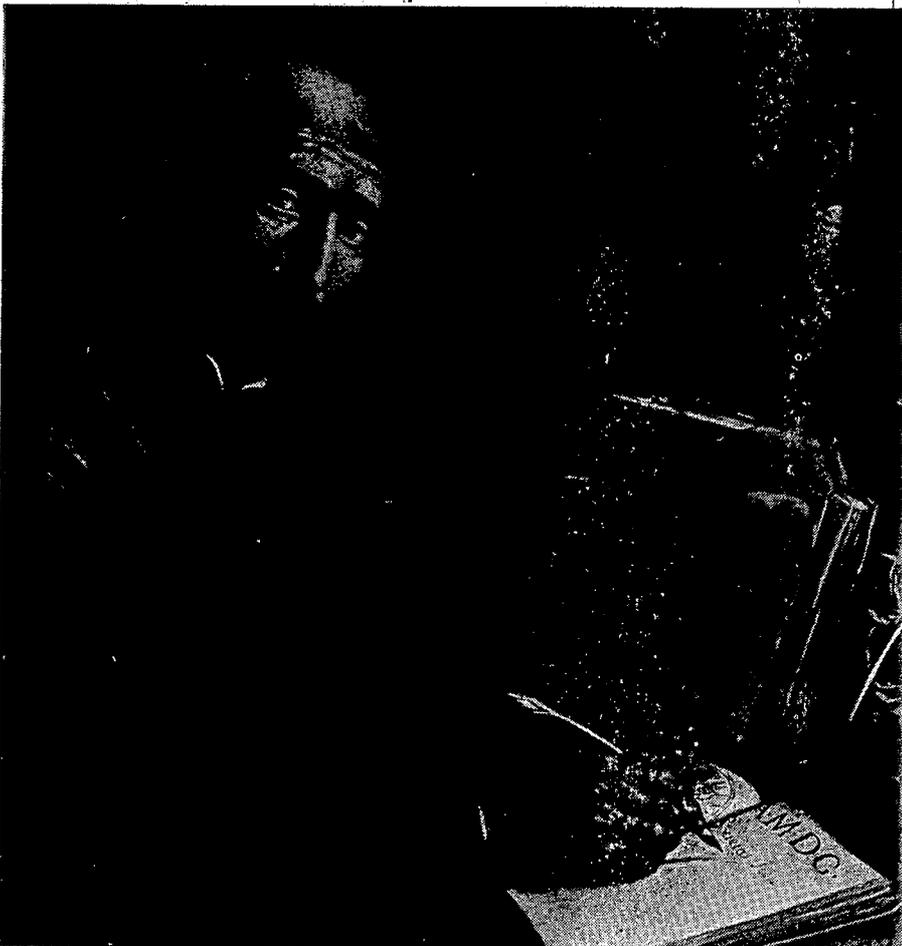
EN LOS CAUCES DE LA RELIGION POPULAR

Un primer aspecto que me llama la atención es que su relación con Dios,

desde el principio al fin de su vida, está enmarcada en los cauces de la religión popular: devociones, promesas, peregrinaciones, vigiliias, ayunos, penitencias, apariciones, funciones paralitúrgicas y litúrgicas... Muchos de nosotros también nacimos en este ambiente, pero luego en la época de la secularización nos propusieron que éste era un punto de partida que debía ser dejado atrás, una primera etapa que, por ingenua e infantil, debía ser superada. El cristiano adulto se quedaba con el evangelio puro, más allá de esas demostraciones religiosas tachadas de externas, sensibleras y teñidas de ambigüedad. Y, sin embargo para Ignacio de Loyola esos cauces funcionaron siempre. Al salir de su casa emplea su último dinero en reparar una imagen de la Virgen en cumplimiento de una promesa y la última recaída le impide ir a Loreto en peregrinación como le había prometido a la Virgen.

Quienes practican la religión del pueblo son las personas más conscientes de su ambigüedad. Pero ¿hay alguna práctica religiosa que no lo sea? Podría argumentarse también que son manifestaciones propias de una cultura que no es la nuestra. En este sentido puede incluso admirarse, pero es una vía cerrada para una persona ilustrada. Es obvio que la religión del pueblo nace en una cultura que en muchos aspectos no es la nuestra, pero ¿está tan ligada a ella que no puede trascenderla reinterpretándose? Gran parte de estas prácticas religiosas son de origen campesino y se aclimataron en la ciudad ¿no podrá ocurrir lo mismo en nuestro tiempo? Esta maraña tan frondosa que es la religión popular ¿no contiene algunos esquemas tan profundos que trascienden el entorno inmediato en que nacieron? Naturalmente que nada se conserva vivo sin transformarse. Pero en este punto sobre todo ¿no es posible y deseable caminar en la dirección de esa segunda ingenuidad de que habla Paul Ricoeur?

Creo que hay aquí una interpelación para los ilustrados de hoy, ante todo para los propios jesuitas; interpelación bien sutil ya que en este punto el voluntarismo es absolutamente inútil. El camino privilegiado, si no el único, sería el contacto orgánico, es decir horizontal y mutuo con el pueblo creyente y oprimido. Cuando se supera el papel de líder y promotor popular y acontece la primera eclesialidad (J. Sobrino) en el llevarnos mutuamente en la fe, se ilumina por



dentro este campo de la religión popular y cabe la participación sencilla y vital, desde lo que cada quien es. Creo que este aspecto de la vida de Ignacio nos había pasado bastante desapercibido a muchos jesuitas porque nosotros estábamos de espaldas a este ámbito, pero que cada día se revela más su enorme fecundidad. Sin mitificarlo como panacea ya que es sólo camino, no fuente; no sustituye a la conversión.

CAMBIO DE VIDA

Para Ignacio de Loyola la conversión no es primordialmente encontrar un nuevo sentido a lo que se vive, no se restringe a reinterpretar en otra clave el propio mundo-de-vida. Para él la conversión es fruto de un acontecimiento (recuperación de la salud cuando declinaba hacia la muerte) causado por una irrupción de Dios en su vida, y por eso la respuesta a Dios es también un cambio en su vida, el alumbramiento de un nuevo proyecto de vida. La conciencia de lo grande que ha estado Dios en su vida le lleva a imaginar largamente lo que va a hacer por él como correspondencia a su gracia. El encuentro con Dios divide su vida en un antes y un después y provoca el surgimiento de una persona (en el sentido etimológico de personaje) distinta. Dios fue en la vida de Ignacio energía transformadora, don de vida al que respondió entregando su vida como don.

Hoy nosotros estamos aquejados de una tremenda parálisis, nos parece que no es posible un cambio de vida. Estamos tan amoldados a los cauces de esta sociedad, nos parecen tan absolutamente imprescindibles para vivir una vida que merezca el nombre de humana, que nos resignamos a ellos, aun a sabiendas del precio que pagamos por vivir así. Cuanto más nos tenemos por seres humanos modernos más nos apegamos, normalmente, a los atributos de la modernidad. En esta situación ser cristiano no puede ser más que vivirlos con otro sentido, desde otra perspectiva; interpretar la vida de otro modo, no transformarla. Y así hacemos discursos sabios y a veces patéticos para ocultar o justificar nuestra entrega a las condiciones dadas, nuestra impotencia para rehacer la vida. Ignacio fue santo porque cambió su vida, no porque discurrió sabiamente sobre ella. Hay aquí un deslinde decisivo que no podemos obviar.

FIEL A DIOS EN EL CADA DÍA

Hay una imagen de Ignacio como de un tipo que se las sabía todas. Nada más ajeno a su experiencia vital. Esa sería la proyección retrospectiva del jesuitismo mal entendido, no la herencia de Ignacio de Loyola. El es un hombre de fe, no un planificador totalitario. Es fiel a Dios en el cada día y se fía de Dios en el mañana. Su preocupación nunca fue cómo le iría en el futuro sino cómo responder hoy a Dios. Desde que se convirtió, su atención estuvo centrada en enderezar su vida por donde Dios le guiaba en cada momento y no se preocupó de tener asegurada la vida. Fue siempre tanteando, no vio desde el principio la estructura de su vida y de su obra. Siente, por el contrario, que Dios lo va llevando como el maestro de escuela lleva al niño, que lo va llevando poco a poco proponiéndole sólo la tarea de cada día, y el niño no se angustia por lo de mañana porque sabe que ya se le dirá, por eso se concentra en la tarea presente. Eso hizo él: llevar a cabo a fondo lo que vio en cada momento. Y pasó por etapas distintísimas que no hacían preludiar lo que vendría al final. Primero es un caballero a lo divino que imagina grandes hazañas en honor a su Señor, una especie de Don Quijote de la santidad. Poco a poco va descubriendo la vida interior y el movimiento de los espíritus y se centra en esa dimensión. Luego viene la peregrinación a Jerusalén y el propósito de quedarse a vivir en esa cercanía física de las huellas de Jesús. Después se entrega a la tarea de "ayudar a las ánimas". Por las prohibiciones y prisiones de la autoridad eclesiástica emprende el camino de los estudios. Enseguida siente el deseo de reunir compañeros. Más tarde el grupo repetirá el intento de establecerse en Palestina. Ante su inviabilidad se ponen a disposición del Papa. Mientras tanto deciden que el grupo sea estable. Les cuesta más ver la necesidad de nombrar un superior. Muy laboriosamente se abre paso la decisión de que los profesos no vivan de rentas... Así, hasta el final de su vida, Ignacio vive buscando, tanteando. Atreviéndose a vivir de fe, dejándole a Dios el mañana y poniendo toda la atención y el deseo en responder a Dios cada día. Posponiendo siempre la seguridad por una decisión de fe.

Hoy nos resulta casi imposible centrarnos en el presente si no tenemos asegurado el futuro. Y así se nos van gran parte de las energías en asegu-

rarlo, de tal manera que nos dedicamos a vivir las energías sobrantes. Y como el futuro no se asegura de una vez por todas, recortamos nuestra experiencia para que no afecte a las fuentes de nuestra seguridad, y al fin acabamos sustituyendo la experiencia por conductas preestablecidas de las que se espera la seguridad y el éxito. La entrega de Ignacio a la experiencia es un revulsivo a nuestras vidas hipotecadas; un canto a la libertad espiritual, fuente de alegría y trascendencia histórica. Pero antes hay que tener el coraje de pagar el precio, la alegría es el fruto que viene después.

RUPTURAS LIBERADORAS

Ignacio busca porque ha dejado lo que tenía su búsqueda, se afina en una ruptura instauradora. La conversión como cambio de vida desconoce el hacia dónde, pero ve claro desde el comienzo el desde dónde. Sabe lo que tiene que dejar, aunque ignore cuál será su punto de llegada. El es "hijo de algo" (hidalgo), es de familia y ser de familia equivale a pertenecer al estamento de la nobleza (aunque sea en una escala modesta) y estar al servicio de un señor mayor, en definitiva del príncipe, encarnación del Estado. Todo esto quedará radicalmente pospuesto; de ser las coordenadas que lo definían pasará a ser su pasado, aquello por lo que él ha pasado, aquello que ha dejado atrás. No lo niega, pero lo sobrepasa radicalmente. Sólo volverá a su lugar de origen una vez por recomendación del médico e insistencia de los compañeros, pero no residirá en la que había sido su casa. Tampoco hará uso nunca de su antigua condición de noble, la ocultará sistemáticamente. Y en la época en que se afianzan las nacionalidades como absolutismo, él, que se había levantado en la Corte de los Reyes Católicos, optará claramente por el servicio universal en un grupo plurinacional en el que la nacionalidad de cada quien quedará radicalmente relativizada. Al tomar Dios el centro, los demás vínculos son ya secundarios y estas personas pasan a definirse por la fraternidad de los hijos de Dios y eso es lo que andan sembrando en un mundo que espesaba las fronteras.

Hoy paradójicamente la aldea planetaria está fundada en determinaciones excluyentes. La historia mundial no significa el triunfo del universalismo sino la universalización del Occidente. No es posible vivir el cris-

tianismo desde la aceptación de este paradigma o desde la resignación a él; pero tampoco afincándonos en particularismos polares. Las renunciadas de Ignacio pueden ser canales fecundos para ponernos al servicio del universalismo de la familia de pueblos, camino que Dios nos marca el día de hoy.

EL PEREGRINO

La época de Ignacio y la nuestra confluyen en la dirección vital hacia la instalación. Los caminos y expresiones son bastantes diversos, pero es común la preocupación de fondo por vivir seguro. Y sin embargo Ignacio vive gran parte de su vida convertido en peregrino, sin casa propia y sin lugar ni lazos estables. Es un peregrino de Dios: vive buscando a Dios y dándole a conocer. Puede vivir a la intemperie porque vive fiado de Dios y de la gente. El gusta llamarse el Peregrino, definiéndose por esta nota. Como vive en peregrinación convierte en sagrados los lugares y los encuentros. La vida es así una peregrinación, no sólo porque se vive de paso hacia la casa de Dios sino porque este vivir de paso toma la forma de pasar de un lugar a otro sin afincarse en ninguno, hasta la residencia en Roma, sentida, sin embargo, místicamente por él como **vía crucis**.

Realmente que este es un paradigma desafiante por paradójico. Podemos comprender la desinstalación animica que entraña el símbolo de la vida como peregrinación. Podemos comprenderla, aunque no parece tan fácil vivirla, y desde este punto de vista el paradigma resulta nítido y asimilable, aunque a contrapelo. Pero la figura real del peregrino ¿tiene lugar en este tiempo? No puede tener lugar un vivir excéntrico; menos, en una época que exige cuadrarse. Pero así era en tiempos de Ignacio de Loyola cuando el nacionalismo absolutista acababa sistemáticamente con la fluidez del espacio medieval. Y sin embargo en esa época de guerras él atravesó varias veces las líneas de combate rehusando alistarse a los bandos en pugna ya que sólo reconocía la **militia Christi** que luchaba a favor de todo el género humano. No se trataba de cosmopolitismo evasivo sino del compromiso exclusivo en pro de la humanidad de todos los seres humanos, entendida no según los parámetros clásicos en boga en el Renacimiento sino de acuerdo con el paradigma de Jesús.

POBRE CON CRISTO POBRE Y CON LOS POBRES

Ignacio de Loyola peregrina en pobreza. Por eso su traje de peregrino será el atuendo basto y gastado de los pobres. Para él entregarse a Dios implica dejarlo todo y no atesorar sino fiarse de Dios y de sus hijos. Por eso pedirá limosna por amor de Dios durante muchos años. Y su pobreza no es insensibilidad estoica ni encogimiento ni rancanería sino libertad para el bien y participación de la suerte de Jesús de Nazaret. Por eso de lo que le dan acostumbra a dar a otros pobres, da de su pobreza y da bastante y siempre discretamente. Su pobreza se convierte en disponibilidad para ayudar a todo el que se cruza por su camino, ante todo a los enfermos y por eso vive y trabaja en los hospitales. Hasta el fin de su vida mantuvo esta pobreza radical y no sólo como peculiaridad privada sino como necesidad para que el cuerpo de la Compañía se conservase en su fervor y libertad primeros.

Siempre hubo jesuitas tan pobres como San Ignacio, pero como cuerpo apostólico hemos estado muy lejos de las prescripciones y sobre todo del espíritu que él nos legó. Nos hemos engañado a nosotros mismos y así la utilización de medios económicos para las obras apostólicas nos llevó con frecuencia a no vivir como pobres y menos aún con los pobres y a tener a gente rica como grupo de referencia. El resultado de este proceso fue el oscurecimiento de los objetivos apostólicos y así nos convertimos a veces en dadores de eficacia más que en dispensadores del Evangelio de Jesús de Nazaret. Gracias a Dios vamos descubriendo el engaño y convirtiéndonos, aunque muy lentamente, a la solidaridad con los pobres y en alguna medida a la participación de su existencia.

NUNCA DIJO BASTA

Ignacio de Loyola fue una persona que nunca pensó haber llegado a la meta. Su vida fue una aventura espiritual cada vez más totalizadora. Vivió su vida como un proceso creciente de iniciación al misterio de Dios. Por eso fue una persona atenta, vigilante, cuidadosa, para aprovechar al máximo todas las ocasiones para acercarse más a Dios. La atención fue haciéndose progresivamente más espiritual y por eso menos voluntarista, más libre, más transida de deseo y gozo. Siempre

tuvo conciencia de su lejanía inicial, tan profunda, y por eso siempre anduvo agradecido de la suma misericordia de Dios, humilde y deseoso de corresponder. Pasó por enfermedades largas y penosas, por grandes luchas interiores, por peligros y por tenaces contradicciones. Ellos fueron aquilataando su espíritu, afincándolo en la opción por Dios de tal manera que el servicio divino se convirtió en una pasión que redoblabla sus energías y le colmaba de alegría y paz. La infinitud de Dios, esa presencia inexhaustible a cuyo servicio se había entregado tomó en él la forma de la magnanimidad, pero no como exaltación de entusiasta sino como búsqueda siempre humilde de servir. El tenía conciencia de que sólo podría servir mientras se viera pequeño y a su obra "la mínima", como gustaba llamarla. Por eso hablaba cada vez más de la conciencia lacerante de los obstáculos que ponemos a la acción de Dios en nosotros y de la necesidad de despojarnos de pretensiones para "en todo amar y servir".

Tal vez hoy le tengamos miedo a Dios y a la aventura de una relación abierta con él. Tal vez canjeemos esta disponibilidad de fondo por una vida útil, eficaz, ilustrada, moral, pero atendida a coordenadas restringidas que controlamos. La idea de una entrega sin condiciones nos saca de quicio, nos desquicia, y tendemos a desecharla mediante alternativas razonables y aun prestigiosas. Y sin embargo tal vez lo único que se nos pida y lo que pueda desencadenar procesos alternativos salvadores sea la entrega a esta experiencia, a este encuentro inacabable.

AYUDAR A LAS ANIMAS

Para Ignacio de Loyola el deseo de acercarse a Dios lleva indisolublemente aparejado el deseo de acercar a otros a Dios. En su intención no se trata de propaganda ni proselitismo, su objetivo no es acumular méritos ni engrandecer a la institución eclesial sino hacer partícipes a otros del tesoro hallado, ayudarles a que ellos encuentren en sus vidas esa alegría que da el ponerse a disposición de Dios y enderezar la vida según su voluntad. Es simplemente querer el bien de otros. Al encontrarse Ignacio con Dios tiene la impresión de comenzar a vivir de verdad, con plenitud. Pues bien, la alegría es comunicativa, contagiosa. Ese es el motivo de la dedicación de Ignacio a la conversa

espiritual, que no es para él hablar acerca de Dios sino introducir al trato con Dios, ayudar a que se inicien en el Camino que lleva a la vida. No se enfasca en teorías ni propone ante todo conductas. Simplemente procura poner a la criatura con su Criador, porque Dios y no él es la fuente de vida. Ahora bien, al haberse percatado en su itinerario del cúmulo de dificultades, señuelos, engaños y autoengaños y tentaciones que trae aparejada esta aventura interior, se esfuerza en que su interlocutor se percate de todo esto para que pueda sortearlo con bien. Para esto Ignacio no da conferencias sobre el camino espiritual sino ayuda a que cada quien lo recorra, consciente de que cada trayectoria es única. En esto Ignacio fue maestro consumado. Y no sólo a causa de sus dotes naturales de conciencia de sí y perspicacia para entender a cada quien sino sobre todo por su limpio e intenso deseo de no interferir, de no atraer hacia sí, de poner a cada quien desnudamente ante Dios, de modo que vaya fluyendo el encuentro.

Sólo desde la experiencia del Dios cristiano puede recomponerse la unidad profunda entre la aventura personal y el apostolado. Si no, el apostolado se degrada al cumplimiento de una obligación o a la consolidación de unas estructuras pastorales con las que el agente se siente identificado, en definitiva se trata de la gloria de uno y de su justificación. En este caso se hace de todo menos poner a las personas con Dios. Es que en el fondo tampoco uno está puesto en las manos de Dios. Tal vez hoy abunden más los teólogos, los expertos en dinámicas de grupo, los predicadores elocuentes que los maestros espirituales, esas personas silenciosas y discretas que ayudan a que otras personas pongan sus vidas en manos de Dios.

SENTIR CON LA IGLESIA

Ignacio de Loyola desde que se convirtió nunca tuvo el menor impulso de entrar en la carrera eclesiástica y estorbó por todos los medios a su alcance que otros jesuitas entraran en ella. Quería servir en la Iglesia sin riquezas ni honores, para más parecerse a Jesús que no los tuvo sino pobreza, descrédito y condena. El fue tenido por sóspechoso y conoció las cárceles eclesiásticas, aunque puso todo su empeño en que todo quedara claro y no se dudase de su ortodoxia. Sólo en

ese punto se reivindicó siempre terca-mente. En muchos otros padeció hasta el fin de su vida incompreensiones y a veces de las máximas autoridades eclesiásticas. Sin embargo, aunque se dudara de sus intenciones, de su doctrina, de su camino espiritual y de sus propuestas organizativas, él siempre se sintió como de un modo connatural en la Iglesia, se vio a sí mismo como hijo fiel de ella y acató con todo respeto y devoción sus directrices y a sus personeros. Hizo su camino desde sí mismo, pero en ello no vio ningún signo de cimarronería, le bastó con que en cada paso representantes eclesiásticos lo aprobaran. Trató de sentir con la Iglesia, pero no pensó tampoco que eso le dispensaba de la aventura interior. Por el contrario, para él estaba claro que todo en la Iglesia está para servir a esta aventura. Y ella es intrasferible y arroja su propia luz. Pero esta aventura él la vivió obviamente en la Iglesia sirviéndose de todas sus ayudas: sus recintos, sus imágenes, sus ejercicios de devoción, sus sacramentos y sacramentales, sus consejos y advertencias... Aunque la ayuda principal era la de los hermanos mayores en este camino, los santos, que eran guías e intercesores en esa aventura, y la ayuda más horizontal de cuantos en la Iglesia buscan, sean sacerdotes o seglares.

Hemos pasado por una época en que esta unidad dinámica se ha desgarrado un tanto y unos se afincaban en el cumplimiento de la disciplina eclesiástica y la urgían, y otros, no pocas veces al margen o incluso en contra de ella, insistían en su propio camino hacia Dios o con más frecuencia en sus propios conceptos sobre temas cristianos y en particular de disciplina eclesiástica. El tono polémico exasperó las diferencias y deformó las posiciones al definirse cada quien por lo que separaba en vez de remontarse a la raíz. Y la raíz es obviamente el carácter pastoral de todo en la Iglesia: **sacramenta propter homines** o, en las mismas palabras de Jesús: el sábado es para el ser humano no el ser humano para el sábado. Si algo no conduce debe ser transformado. Pero conducir es conducir al encuentro vivo con Dios, no estar de moda o de acuerdo con la cultura dominante o con la propia sensibilidad. La sensibilidad propia o la cultura también deben ser transformadas si no conducen al encuentro con Dios vivo. Lo que conduce, la primacía de la práctica espiritual (que no de la ideología) y el discernimiento eclesial de

esa práctica, esos son los criterios que aporta Ignacio para aclarar esta situación. Y todos tenemos que convertirnos a ellos.

REFORMADOR PRACTICO DESDE LA ESPIRITUALIDAD

En la época de Ignacio de Loyola es universal el clamor por la reforma de la Iglesia, en su cabeza y en sus miembros. Las disputas son apasionadísimas a todos los niveles. Y se llevan de tal modo que se quiebra la unidad de la Iglesia. Ninguna de las partes está exenta de pecado. Pues bien, en esta coyuntura Ignacio no emplea su tiempo en luchas ideológicas, en polémicas de escuelas teológicas ni en controversias doctrinales ni en críticas a la situación. El sigue su camino, aparentemente ensimismado, se dedica a profundizar su respuesta a Dios y su propuesta espiritual y a ponerla en práctica dando sus Ejercicios Espirituales a quien quiere hacerlos. Toda su energía se dedica a dar una respuesta concreta. Naturalmente que es hombre de su tiempo y tiene en cuenta los elementos en debate; pero él cree que la respuesta real arranca de un plano más radical que aquel en el que está planteado. El se dedica a edificar el hombre desde dentro y a reformar la Iglesia reformándose él mismo y ayudando a que las personas se reformen, para que desde ellas se reformen las instituciones. La constitución del individuo, la imposibilidad de salvarse a sí mismo, el descubrimiento del Dios de la gracia, la libertad espiritual como don de Dios y esencia humana, la magnanimidad no como conquista y dominio sino como servicio, el recto sentido de la Iglesia... los temas más arduos de su tiempo están contemplados prácticamente en su propuesta, en ella están realizados y jerarquizados y encuentran su proporción adecuada y su articulación. No en un sistema ideológico sino en una propuesta de práctica espiritual.

También hoy sólo la espiritualidad puede ser raíz de la reforma. Si no se llega hasta allí, no se edifica; pueden darse elementos muy válidos, pero sólo a través de la vivencia espiritual encontrarán viabilidad en la Iglesia. Es necesaria la mediación de la teología, de la autoridad y de muchas otras dimensiones eclesiales; pero la espiritualidad es la fuente desde donde se produce la nueva creación, la relativa en la historia y la definitiva. Y en este punto sigue siendo válido el escueto magisterio de Ignacio de Loyola.